

¿Por qué nos hacemos docentes?

Jesús Alfredo Morales Carrero

Docente de Psicología General, Evolutiva, Aprendizaje y Orientación Educativa. Investigador Socioeducativo. Escritor y árbitro en revistas nacionales e internacionales. Universidad de Los Andes, Venezuela. lectoescrituraula@gmail.com

Propiciar que afloraran las más elevadas virtudes del ser humano y se lograra la consolidación de su potencial, se convirtieron en las premisas que despertaron mi vocación como docente universitario. Inicialmente, mis primeras experiencias como profesor, se dieron en una aldea del municipio del que soy nativo; estas incipientes interacciones progresivamente se convirtieron en el descubrimiento de lo que sería asumir el compromiso de apostar por la dignificación de la vida. Cada encuentro semanal con unos pocos estudiantes que caminaban algunas horas para llegar a la escuela, reforzaba mi vocación con la enseñanza, muchos de ellos de bajos recursos y con condiciones poco favorables, pero sí, sedientos de aprender, tal vez (es una presunción), muchos veían en la escuela el lugar de refugio, la posibilidad para superarse, para salir del estado en el que se encontraban. Estas afirmaciones, aunque no manifestadas explícitamente, si correspondían a ideas subyacentes que los estudiantes dejaban ver tímidamente en sus aportes orales y escritos.

El trabajo en las zonas rurales, con estudiantes de primaria, aunque muy provechoso y satisfactorio no era lo que perseguía, ayudar a encender la luz que guiaba al ser humano hacia su liberación, la liberación de los amarres de la ignorancia, continuaba siendo parte del compromiso que me movía al ejercicio docente. Pasados algunos años, estas prácticas exigidas por la universidad en la cursaba estudios de educación, me recondujeron mi vocación hacia la docencia universitaria, el trabajo con adultos parecía ser lo que realmente procuraba como parte de mi proyecto de vida. Enseñar a pensar con y desde

la autonomía y formar para la vida, emergieron como ideas sólidas y cargadas de convicción, pues entendía que en este nivel, no sólo me ajustaba con facilidad, sino que además, me era posible aportar a la formación académica, cognitiva e intelectual y, al desarrollo del sentido de corresponsabilidad con la sociedad, con el país.

Sin embargo, para el momento no fue posible ingresar a la universidad con la que tengo filiación institucional en la actualidad, la Universidad de Los Andes, Venezuela, sino hasta luego de muchos años de graduado como licenciado en educación; mientras, me dediqué a la formación de investigadores, responsabilidad que junto a la colaboración en docencia, fue despertando mayor interés por la educación universitaria; a la par, trabajaba en una institución privada, en la que tuve la oportunidad fungir no sólo como docente sino como facilitador de cursos de actualización, en la producción de materiales pedagógicos y didácticos, así como tutor de trabajos de investigación en carreras administrativas y en ciencias de la educación. En esta etapa aprendí del trabajo disciplinado, riguroso, del compromiso con la vida, con la nación y con su crecimiento. Cada sesión con mis estudiantes se convertía en el diálogo significativo, empático y alentador, que instaba a mejorar, a procurar el alcance de la excelencia, a sobrepasar los límites y a trascender en la búsqueda de nuevos hallazgos.

Estas experiencias sumaron a mi formación no sólo intelectual sino humana, a la sensibilidad que debe asistir al docente y que le hace más que orientador, acompañante en el transitar que le corresponde a cada estudiante, es decir, el descubrimiento de su propio proyecto de vida, la definición de su vocación y el desarrollo de competencias tanto personales como profesionales, que le permitieran enfrentar con éxito su participación en el campo laboral. Este compromiso como parte del quehacer de cada semestre, fortaleció mi convicción por la docencia, como una praxis vigorizante, pues cuando se enseña se experimentan vivencias y transformaciones importantes, pues sientes el compromiso con la mejora permanente, te conviertes en ejemplo, en la viva imagen que no sólo pregona el proceder ético y moral, sino la disposición para servir poniendo al alcance de terceros nuestro conocimiento, nuestra

experticia, las vivencias trascendentales, como aspectos contentivos del poder para elevar la calidad humana, la convicción por el hacer y alcanzar niveles óptimos de crecimiento que garantizaran la realización del potencial contentivo en cada estudiante.

Si bien es cierto, la combinación de mi rol docente con el de investigador, como actividades laborales desempeñadas en lugares diferentes, reflejaba mucho de mi compromiso con la educación, no fue sino hasta mi ingreso como profesor por concurso de credenciales en las áreas de Lectoescritura y Metodología de la Investigación en la Escuela de Derecho, de la Universidad de Los Andes. Una experiencia que me condujo al desafiante proceso de la valoración de mis actitudes y aptitudes para enseñar a estudiantes de ciclo introductorio y del profesional de la carrera de Derecho. Pese a lo reñido de la competencia por la cantidad de participantes, el jurado calificador me declara ganador. Trabajar con estudiantes de nuevo ingreso no parecía cercano a lo que quería, pero me ajusté con gran facilidad, entre otras razones, porque mi formación en el área de orientación, me permitía no sólo atender requerimientos académicos sino vocacionales, lo cual constituía un aporte de gran valía para la Facultad de Derecho, pues en cada sesión de clase llevaba a los estudiantes a reflexionar sobre su responsabilidad como ciudadanos, como concedores del derecho, pero, además como sujetos cuyo compromiso les instaba a ser administradores y ejecutores de las normas, sobre todo, al proceder ético, justo, equitativo y ajustado al bien común.

En esta etapa de mi vida como docente universitario, comencé a comprender la importancia de formarme para formar, lo cual me llevó a cursar mi segunda maestría, esta vez en una de las áreas más importantes por su vinculación con los procesos de enseñanza y aprendizaje, la lectura y la escritura. Allí comienza mi pasión por la escritura académica y la lectura crítica, prácticas que se hicieron parte de mi quehacer cotidiano, pero además, me motivaron a iniciarme como escritor de textos científicos, de guías y materiales instruccionales para estudiantes de la materia objeto de concurso y, de otras que impartía en condición de colaborador en la Escuela de Criminología de la Universidad de Los Andes.

Mi desempeño como profesor y mi sobresaliente rendimiento como estudiante del programa de posgrado en Lectura y Escritura, hizo que el Programa de Actualización de los Docentes (U.L.A), me invitara como facilitador de uno de sus módulos, el de Lectura y Escritura del Discurso Académico. Esta vez el compromiso era aún mayor, pues muchos de mis estudiantes eran contemporáneos, otros habían sido mis profesores y algunos apenas se iniciaban en el fascinante mundo de la alfabetización académica y científica. Enseñar a este grupo de sujetos, quienes a su vez eran docentes me condujo a ubicarme en la posición de orientador, de guía; no se sólo trataba de disertar sobre los usos y prácticas relacionadas con la lectura y la escritura, sino con la transferencia de su praxis a sus propias disciplinas. Esta dinámica, aunque compleja, derivó en dos productos importantes: por un lado, los docentes asumieron la producción de borradores que terminaron en un ensayo final publicable y, de mi parte, aprovechaba cada revisión realizada a los textos, para monitorear el proceso, experiencia que me sirvió para recoger insumos que luego sistematice para un libro colectivo editado por una universidad nacional.

Esta experiencia por mucho tiempo y hasta la actualidad ha sido gratificante y enriquecedora, las discusiones y los aportes de los docentes reflejaban su compromiso con la academia, pues su reflexividad y criticidad daban cuenta del deseo de aprender para transformar su praxis pedagógica. Al mismo tiempo de impartir clases a profesionales de la docencia, la Universidad solicita mi ingreso como facilitador del Programa Fray Juan Ramos de Lora, en el que ofrecía a aspirantes a ingresar a la Universidad, cursos de lectura, escritura y técnicas de estudio. Cada contexto en el que se me presentaba la oportunidad de aportar lo que sabía, era visto no sólo como una nueva experiencia para enseñar sino para aprender; así como para recoger insumos para mis investigaciones y publicaciones científicas, a las que muchas veces le adjudico la invitación como tallerista y facilitador en instituciones educativas que requerían actualización en las áreas de lectura y escritura académicas, producción de textos científicos y la construcción del proyecto de investigación para estudiantes cercanos a egresar de la educación media general.

Luego de varios años como docente contratado, decido presentarme a un concurso de oposición en un área diferente a la de mi ingreso inicial, se trataba de una nueva vacante para enseñar psicología general y orientación educativa a estudiantes de las múltiples menciones que se imparten en la Facultad de Humanidades y Educación; la valoración de mis aptitudes como docente y mi desempeño positivo, conduce a la declaratoria como ganador, ubicándome en el estatus de docente instructor en condición de ordinario. Si bien es cierto, este desafío reflejaba mi vocación docente, también reiteraba mi compromiso con la academia, la esperanzadora confianza en la educación como proceso al servicio de la dignificación de la vida, del ensanchamiento de la mente y de la transformación multidimensional de la condición supra-compleja que reviste al ser humano; aspectos que por considerarse contenidos temáticos de mi área de desempeño profesional, también responden a requerimientos inherentes al desenvolvimiento funcional del individuo, condiciones que hacen de cada encuentro con mis estudiantes, una oportunidad para trabajar aspectos teóricos, sino cómo llevar estos a la praxis, mediante la transferencia significativa que le otorgue sentido, pertinencia y relevancia a lo que se aprende. Estas razones permiten afirmar que, las premisas reiteran que hacemos docentes por el convencimiento pleno de que es a través de la educación que se dejan huellas indelebles en cada estudiante, misión que nos impulsa a motivar que afloren las más elevadas virtudes y potencialidades humanas.